

JORNADA CAUSA CLINICA 2013

Título: “Un movimiento para que algo se produzca”

Autora: Frete, Guillermina

Abstract:

Niños con una exigencia pulsional continua, en un cuerpo agitado y sin control aparente. Una escuela cada vez más mitigada en su función, que continúa buscando parámetros de normalidad.

¿Qué se puede hacer desde el rol docente para no seguir produciendo aquello que demanda?

El presente trabajo relata mi experiencia, desde el rol de auxiliar de una sala de nivel inicial, en la búsqueda de crear un lazo con Juan.

¿Podemos como docentes realizar algún movimiento, mirar diferente, para que algo acontezca? ¿Podemos pensar que ese descontrol, esa agitación del cuerpo, ese desborde, puede ser una respuesta posible del niño frente a aquello que le sucede?

Refiriéndose a la época actual, Eric Laurent expresa: “... hay más y más chicos que no pueden renunciar a este goce de cuerpo a cuerpo, de peleas, de agresión física...”.

Juan está en la sala de cuatro años, en un colegio privado, parroquial. Concorre allí desde la sala de tres y luego de haber transitado por dos instituciones. En una de ellas, según el relato de sus padres, no se adaptó. Lloraba mucho y había quejas de otros padres porque Juan pegaba. La segunda institución, cerró al poco tiempo de haber iniciado el ciclo lectivo. Previo a esto, nace su hermana, que según el discurso de sus papás, le afectó mucho.

Actualmente Juan concurre al colegio por la mañana y dos veces por semana a la tarde, en una modalidad de talleres educativos no formales.

En la sala se muestra simpático, "comprador", manifiesta picardía en su mirada. Se muestra muy cariñoso con el adulto, al mismo tiempo que desafiante. En la relación con sus pares, privilegia el contacto físico. "Sin razón aparente", pega, rasguña y escupe. Sus compañeros se quejan de él a sus docentes.

Su movimiento es continuo. Expresa sus emociones con intensidad. Frente a las exigencias de la satisfacción en tensión con las exigencias de la cultura, Juan manifiesta enojo, con gran despliegue corporal. Se tira al piso, pega, pateo cosas y manifiesta no querer hacer lo que el adulto indica.

Estas situaciones se repiten a diario y la única solución posible que surgía, era retirar a Juan de la actividad o dejarlo fuera de la sala, buscando que se tranquilizara. De esta manera venía conmigo, y realizábamos juntos las tareas que debo llevar a cabo de acuerdo a mi rol.

Siento que esta situación no aporta nada, Juan queda afuera. Comienzo a preguntarme qué puedo hacer, cómo despojarlo de ese no lugar que lleva impreso. Supervisión mediante, comienzo a intentar crear esa atmósfera del Otro, a buscar crear un lazo con él. Nada fácil, nada menos.

Lo veo en la sala con unos animalitos de granja y unos bloques de madera. Le propongo jugar. Armo una especie de corral con animales de la misma clase. Juan se suma y comienza a armar más corrales, con un león en lo alto que vigila los corrales, así me dijo. Más pares se suman al juego. Juan dirige el armado del escenario, acepta propuestas y permite que otros se sumen. Salgo del juego con la excusa de tener que ir a preparar el desayuno y el mismo continúa sin conflicto.

Busco que no salga de la sala e intento estar con él en aquellas actividades donde la agitación del cuerpo parece ganar terreno. Que no quede fijado en un no lugar, signado por frases como "es tu última oportunidad", "si seguís pegando te saco del juego" "entre vos y fulano no se con quién quedarme". Frases que repetimos a diario los docentes y no hacen

más que reforzar el sin sentido donde se encuentra alojado ese niño. Y solo son modos de continuar colocando lo que falla en el niño, alimentando la tensión y el desborde, que pretendemos apaciguar.

Juan me busca en diferentes situaciones, comparte conmigo lo que realiza en la sala. Cuando le pega a algún compañero, baja la cabeza pero me mira, en ocasiones recurre a mí y me abraza. Es en el lazo donde el desarreglo encuentra lugar.

En otra situación de juego, esta vez con dakis, me sumo al mismo. Frente a mi pregunta, sobre qué están construyendo, Juan me responde: naves espaciales.

Admito que no sé construirlas, por lo cual no puedo jugar. Se ofrece a ayudarme y construimos juntos. Le reconozco que la de él está mejor y me la regala. Intento construir una sola, aprovechando lo que me enseñó. Se la muestro, agrega cosas y me expresa que está muy bien.

“Yo no sé”, “Yo te ayudo”, la falta, el no saber, están de mi lado. Cuando se introduce la falta del lado del adulto, el niño encuentra adónde dirigirse. Esto produce un movimiento.

Pasado un tiempo, debo tomar la titularidad en la sala, debido a la ausencia de la docente. Una de esas mañanas, cuando nos dirigíamos a realizar el saludo a la Bandera, Juan manifiesta querer llevar un libro que había traído. Ante mi negativa, se enoja y me pega. Intenta aferrarse al libro y lograr llevarlo. Mi negativa aumenta y frente a esta contienda de partes, le termino sacando el libro.

Al terminar la jornada, la sensación que me invade no es alentadora. ¿Dónde había quedado todo lo que venía haciendo con Juan? ¿Por qué una puesta de límites se torna tan difícil?

El error fue mío, porque los adultos y en especial los docentes creemos que los límites existen solo porque los ponemos nosotros. Sin embargo, los límites nos enmarcan a todos por estar inmersos en la cultura y se transmiten de manera implícita.

Es necesario apelar a la terceridad, donde ambos, Juan y yo, quedemos atravesados por la misma legalidad, incluidos en un mismo contexto simbólico para que deje de ser “una cuestión de partes”.

Nuevamente en mi rol y revisando mi posición, apuesto a incluir a la maestra de la sala también. Comienzo a comentar los logros de Juan y a darles valor. Algo de este movimiento de Juan comienza a percibirse y apostamos juntas.

El lugar no puede hacérselo un niño solo, es el adulto, el docente el que debe hacer ese lugar para que el niño lo ocupe. Un niño que está fuera del lazo no puede ponerle valor a aquello que pierde. Desde un no lugar, no puede ceder algo para estar adentro.

Juan está en la sala juntando los juguetes luego de un momento de juego. Su maestra expresa en voz alta que lo felicita y la cara de Juan se ilumina de felicidad. Se acerca a mí y me expresa: “Estoy juntando porque la seño me felicito”, me abraza y se va a continuar la tarea. Ese día a la salida de la escuela, Juan le cuenta a su papá con una sonrisa: “Hoy me porté bien”.

Bibliografía:

- Errecondo, Marcela. “Algunos fundamentos de la práctica entre varios”. EOL .Sección Rosario, (Inédito).
- Kiel, Laura. “Un dispositivo de intervención en instituciones educativas”. Premio Facultad de Psicología 2008, otorgado por la Universidad de Buenos Aires.
- Kiel, Laura. “De sin límites a limitados”. 2005. Escuela de Capacitación. Cepa. Secretaría de Educación, Gobierno de la ciudad de Buenos Aires.
- Kiel, Laura. Conferencia “¿Qué recursos son posibles frente a las manifestaciones de angustia que despliegan los niños en las escuelas?” Recuperado de: <http://www.causaclinicavirtual.com.ar/mod/page/view.php?id=54>
- Freud, Sigmund. (1909) Análisis de la fobia de un niño de cinco años, Buenos Aires, Amorrortu, 1976.
- Laurent, Eric. “Cómo criar a los niños”, entrevista del diario La Nación, 2007. Recuperada de:

<http://www.lanacion.com.ar/912774-como-criar-a-los-ninos>